

No pienses
en un elefante rosa

ANTÍA
YÁÑEZ

No pienses
en un elefante rosa

Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © Antía Yáñez, 2022
© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)
Madrid, 2021
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.contraluzeditorial.es

ISBN: 978-84-18945-14-4
Depósito legal: M. 33.803-2021
Printed in Spain

*A mi abuela, Consuelo,
que se fue antes de tener este libro en las manos*

Yo,
quiero volver a ser yo.
RENÉ PÉREZ JOGLAR [Residente]

—Médico, doille a cabeza...
Zuruxán, doille unha man...
Mais se é que o espírito lle doi
¿qué menciña lle darás?
ROSALÍA DE CASTRO, *Follas novas*

No quiero ir
nada más
que hasta el fondo.
ALEJANDRA PIZARNIK

ELEMENTO PRIMERO:
Situación disparadora

Situación física observable que hace que aparezca el malestar. También pueden ser pensamientos o incluso sensaciones corporales. La propia actitud de no querer pensar en eso puede ser un disparador.

*Cierra los ojos y concéntrate. No pienses en un elefante rosa.
He dicho «no pienses». Pero ahí está, ¿verdad?*

Viernes, 28 de junio, 2019

El sol me golpea con fuerza al salir del garaje a pesar de que ya son las siete y pico de la tarde. Los rayos ultravioletas todavía queman a esta hora del verano. Y solo estamos en la primera semana, no quiero ni pensar en cómo vendrán julio y agosto. Puto cambio climático. Noto las axilas pegajosas del sudor. Puto asco. Por no hablar de lo que se cuece en mi ropa interior. Cocer, nunca mejor dicho. Lo primero que haré al llegar a casa será ducharme, me da igual haberlo hecho ya por la mañana, antes de irme a la oficina. En esta época paso más tiempo mojada que seca. Y eso no va con segundas. En fin, por lo del sudor sí, pero... Lo que intentaba era no pensar en Xoán, vaya. *Algo tarde, ¿no, Aurora?* Encima es una tontería: nuestra relación no era de esas. De esas de sexo desenfrenado, digo. Por lo menos en los últimos tiempos. Al principio, nosotros...

Ya no hay ningún «nosotros», tengo que acordarme. *Aurora, ya no hay ningún nosotros.* No tiene sentido darle vueltas. Llevo un tiempo sin pensar en él, no voy a cagarla ahora. La vida sigue. Y yo nunca he sido de llorar por las esquinas.

El portal no queda lejos, apuro el paso. Es lo que tiene comprar un piso antiguo para reformar, que en el edificio no hay garaje. En el jodido centro sí, pero sin un mísero sitio donde aparcar. Por eso decidim... ¡decidí! —*céntrate, Aurora*— comprar una plaza en otro bloque, a unos cien metros. Una idea cojonuda, excepto cuando llueve, cuando hace viento, cuando llevas maletas, cuando vas con la compra, cuando hace un sol abrasador... O cuando hace un sol abrasador y vas con la compra, todo a la vez, como ahora.

Mi radar interno se activa y me pongo en guardia. PELIGRO. Tengo un cartel de neón encendiéndose y apagándose de forma intermitente en la cabeza. Un hombre con una sillita de bebé se acerca en sentido contrario. En escasos segundos nos cruzaremos. El ser amorfo que va dentro lleva un chupachús en la mano. Con el brazo estirado casi medio metro por fuera de la barra de contención del asiento.

Peligro. Peligro. Peligro.

¡Hay que joderse! Esa cosa es todo azúcar, ¿qué clase de padre es el señor este? «Señor»... En fin. Tendrá la misma edad que yo, más o menos. *No te pases, Aurora.* Discrepo. Rotundamente. Cuando se tiene descendencia, los bebés vienen con el cartel de «señor» o «señora» incorporado. Eso lo sabe todo el mundo. Yo no dicto las reglas.

Peligro. Peligro. Peligro. Peligro. Peligro. Peligro.

La acera mide poco más de un metro, así que considero la posibilidad de cruzar la calle y cambiar de lado. ¿*Cambiar de acera, Aurora?* ¿*A «esa otra» acera?* Otra cosa

que no iba con segundas, cerebro, ¡mira que eres carca!
Ya, ya, lo que tú digas. Pero deberías volver a comprobar si te gustan las mujeres. No puedo evitar que el pensamiento aparezca en mi mente, si es que el cartel de PELIGRO deja algo de espacio ahí arriba. En vez de Xoán, son mis últimas noches de sábado las que me vienen a la mente, y suspiro, y olvido por un momento el carrito con el foco de infección de su interior, y me cruzo con él, y ya es demasiado tarde, el chupachús pasa demasiado cerca de mi muslo. Noto como la ansiedad sube. ¿Demasiado cerca es que me ha tocado? ¿Rozado? No lo sé, ¡NO-LO-SÉ! Tengo ganas de gritarle al padre, y a su bicho, y al mundo en general. La quemazón en la piel, justo en la zona que pudo haber recibido (digo «pudo», pero estoy casi segura de que SÍ ha hecho contacto, sin ninguna duda) las babas del bebé, es insoportable.

Muslo. Muslo. Muslo.

La culpa es mía por ponerme un vestido tan corto. ¡Con lo sencillo que es llevar algo hasta los pies que te proteja de las babas de terceros! *Eres imbécil, Aurora.* No paro de pensar en ese trozo de carne contaminada hasta que llego al portal. Deberían dar un puto manual de instrucciones a todos los padres y madres del mundo. O hacer un examen para poder tener descendencia. Apoyo en el suelo las dos bolsas cargadas hasta arriba y busco la llave en el bolso. La mayoría no lo pasaría, desde luego. ¿*Como tú, Aurora?* Sí, cerebro, como yo, si quisiese serlo, pero va a ser que no. ¿Madre, yo? No, gracias. No le legaría a nadie mis genes defectuosos.

Muslo. Muslo. Muslo. Muslo. Muslo. Muslo.

Escucho el ¡clic! familiar de la cerradura y empujo la puerta con el hombro. Intento evitar los picaportes dentro de mis posibilidades. Cojo las bolsas y entro. Deberían prohibir los chupachús por la calle. Y los picaportes. Aunque eso ya lo veo más complicado, por mucho foco de infección que sean. Pienso en las manos pegajosas de los bebés, en esos labios llenos de babas, a veces incluso con burbujas incluidas. ¿De qué estará hecha la saliva de bebé? Deberían prohibir los chupachús, en general. Y en todos lados. Recuerdo que a su inventor se le ocurrió la maravillosa idea al ver lo que se ensuciaban los niños y las niñas con los caramelos, por eso les puso un palo. ¡Un puto palo! Un iluminado el hombre, vamos.

Muslo. Muslo. Muslo. Muslo. Muslo. Muslo. Muslo. Muslo. Muslo.

Me paro en los buzones y apoyo de nuevo la compra en el suelo. Sé de sobra que el mío es el tercero derecha, para nada necesito leer el cartelito que coloqué hace ya más de cuatro meses, cuando terminam... ¡terminé!, cuando terminé la reforma del piso. Aun así, lo miro, no vaya a ser. Nunca está de más confirmar. Aurora Comeña Rei. El nombre no se ve recto. Aurora Comesaña Rei. Sí, claro que es este. No pasa nada por comprobarlo dos veces. El papelito blanco está desnivelado. Cae más del lado derecho que del izquierdo. Me dan igual las cartas que hay en el interior; intento enderezar mi nombre metiendo la uña por la ranura sin éxito. Pero yo no me doy por vencida tan fácilmente.

Muslo. Muslo. Muslo. Muslo. Muslo. Muslo. Muslo. Muslo. Muslo. Muslo. Cartel. Cartel. Cartel.

Tengo que ponerlo bien, no puede quedar así. *Venga, Aurora, que casi lo tienes.*

—¿Qué haces?

La voz me asusta y pego un salto. Engancho la uña con algo, la rompo, me hago daño, grito y mecagoendiós y en el santoral entero. Todo a la vez.

—No deberías ser tan malhablada. Mi madre siempre dice que no se pueden decir palabrotas.

En un impulso, acerco el dedo a la lengua. Me detengo cuando me rozo la boca. ¡Mierda! ¡Mierda, mierda, mierda! Pero ¡¿cómo voy a chupar esto, hostiaputa?! ¿Cuánto hace que no me lavo las manos? ¡¿Y ahora qué?! ¡¿Y los labios?!

Muslo. Muslo. Muslo. Labios. Labios. Labios.

—¿Te ibas a meter el dedo en la boca?

No tengo ni idea de quién me está hablando. ¿Me lo estaré inventando? *Hombre, vistos los antecedentes, Aurora...* La voz suena demasiado parecida a mi cerebro. Escucho unos pasos subiendo escalones y un niño aparece por el lado derecho del ascensor. Debía de estar escondido en el descansillo de la antigua portería. Lleva cerrada ya varios años, desde que se jubiló el último usuario, mucho antes de que nosot... YO, ¡joder!, llegase al edificio. Tener portero en estos tiempos no se estila. Un gasto menos para la comunidad.

—Lo digo porque la saliva de los seres humanos tiene propiedades antibacterianas y cicatrizantes, y podría ser una buena idea. Pero no te creas, en la boca también hay un montón de bacterias que provocan infecciones, así que yo le echaría algo al llegar a casa.

Observo al niño de reajo, intentando pasar de él. A ver si coge la indirecta. Se detiene a un par de metros. ¿Qué tendrá? ¿Ocho? ¿Diez? ¿Doce? Soy malísima para esto de las edades. Es todo lo mismo, al fin y al cabo. Tiene el cabello negro y denso, muy corto. Al uno o al dos. Tampoco soy experta en pelos. Le veo cara de ángel, uno de esos semblantes inocentes que provocan que la gente adulta acepte ser ensuciada y llenada de babas por un ser celestial como este. Su piel del color del café me recuerda al que me gusta tomar por las mañanas. Solo, sin azúcar ni nada. Ni el café ni el niño. No le veo chupachús ni otras armas de destrucción masiva en las manos. Sin embargo, no soy tan ilusa como para creer que están limpias: ninguna lo está. Nunca.

Veo cómo se me acerca y retrocedo de forma instintiva.

Muslo. Muslo. Muslo. Muslo. Muslo. Muslo.

Labios. Labios. Labios. Labios. Labios. Labios.

NIÑO. NIÑO. NIÑO.

Me doy con la espalda en los buzones después de casi romperme la crisma al tropezar con las bolsas de la compra del suelo. Estoy atrapada. Miro hacia las escaleras que llevan a la salvación de mi piso. El ascensor no es viable, tardaría mucho en bajar, abrirse y cerrarse. ¿Cuánta gente se muere en las pelis de miedo por querer huir en ascensor? Si echo a correr, a lo mejor ni me toca. *Venga, Aurora, decídete, pero hazlo ya.*

—¿Qué pasa? ¿Me tienes miedo? —pregunta el niño, no sé si divertido o extrañado.

¿Miedo? ¿Yo? Lo miro a los ojos e intento sonar amenazante, a ver si así me deja en paz de una vez:

—Pero ¿qué dices? ¿Qué tal si te vas y dejas de molestarte?

Me giro y abro el buzón, disimulando. Intento no pensar en el mocoso y hago como que esto es lo más interesante del mundo. Hay varios sobres. Los cojo. Facturas, seguro. Cierro deprisa, dispuesta a irme, pero cuando me doy la vuelta está demasiado cerca.

Muslo. Labios. Niño. Muslo. Labios. Niño. Muslo. Labios. Niño. MANOS. MANOS. MANOS. PELIGROPELIGROPELIGRO.

—¡Yo NUNCA molesto! —afirma el niño, mirándome todo alterado.

Hace hincapié en el «nunca». Me sorprende ese tono en alguien tan pequeño. No me conoce de nada, ¿a qué viene tanta hostilidad? *Tú a él tampoco y no has sido precisamente Miss Simpatía, Aurora.*

Muslo. Labios. Niño. PELIGRO. Muslo. Labios. Niño. PELIGRO. Muslo. Labios. Niño. PELIGRO.

Se acerca un poco más y el nerviosismo me puede:

—¡Quieto ahí! ¡Ni se te ocurra dar un paso más!

—¿Ves? Me tienes miedo.

—¡Que no es miedo, jod...!

Me callo a tiempo. Tiene razón en algo: no debería usar ese vocabulario delante de él. Estoy, a todas luces, delante de un menor. O de un adulto con un retraso madurativo importante. Sea cual sea la opción correcta, nunca se me ha dado bien dar explicaciones, no voy a empezar ahora. Mejor ser una borde de mierda que la tarada del tercero. *Tarada estás igual, Aurora.*

—Entonces, ¿qué es? —dice, mirándome con la cabeza ladeada.

La pregunta del millón.

—No es nada —la respuesta típica.

—¿Puedo comprobarlo? —pregunta con inocencia, pero en ese pequeño cuerpo hay de todo menos eso. Antes de que pueda contestar, ya tiene el dedo levantado como E.T. en busca de su casa o del teléfono o de lo que coño fuese, y me lo acerca, apuntándome a la cara. Entro en pánico. Creo ver un moco pegado a ese dedo índice. *Pero ¡si con ese color de piel no se puede diferenciar nada, Aurora!* Hostia, pero ¿¡qué barbaridad acabo de pensar!?

Muslo. Labios. Niño. MOCO. MOCO. MOCO. ¡¡¡MOCOCOCOCOCO!!!

La respiración se me acelera, pero el oxígeno no llega al cerebro. Me duele el pecho. El corazón lo golpea por dentro con fuerza. PUM. PUM. PUM. Se me va a romper la caja torácica. Noto los latidos en los oídos. La boca se me reseca y las palmas de las manos se humedecen. Frío, pero calor. Sin querer, las cartas se me caen al suelo. Se esparcen por el portal en todas direcciones. Por lo menos el niño detiene su avance y observa el desastre. Aprovecho para tomar aire y no morir ahogada.

—Deja que te ayude —dice amable.

—¡¡¡No!!!

El grito me sale sin querer. Me imagino ya mocos verdes en los sobres blancos, y yo recogiendo y tocando todo. Debo de parecer una loca. *ERES una loca, Aurora.* Corpúsculos gelatinosos de color verde oscuro sobre un fondo blanco impoluto transfiriéndose a la piel de mis

manos, no puedo dejar de visualizarlo. Una, y otra, y otra vez.

El niño baja el dedo. Esta vez es él el que parece asustado. Después, su expresión cambia en una milésima de segundo y me mira enfadado. Todo lo enfadado que puede estar un niño pequeño con cara de ángel —y posibles mocos en las manos—. Y lo suelta. Así, sin más:

—¿Es porque soy negro?

—¡¿Qué?! —lo miro, sorprendida. Abro la boca y no sé qué decir. Boqueo como un pez—. Ah... Yo... Pues... ¡Pues claro que no!

No me cree. No me extraña. *Para eso era mejor que le hubieses dicho que sí directamente, Aurora.*

Ha sonado a excusa. A «no te voy a decir que sí, pero en realidad soy una racista de mierda». Veo que se le inflan las mejillas. Pfff, merezco que me escupa en la cara. Penitencia máxima.

Muslo. Labios. Muslo. Labios. Muslo. Labios.

Yo solo quiero una puta ducha... Por lo menos mi respuesta de mierda sirve para que no se me acerque más. La ansiedad baja. Lo sé porque la RAM cerebral parece estar algo más libre para dedicarse a otras tareas. Chiiin. El ascensor se abre y sale la señora Paquita, la del segundo, a paso de tortuga. La conocí cuando acababa de empezar la reforma del piso y ella subió a avisar de que como tuviese una sola humedad nos denunciaba a la comunidad. Vive sola, a pesar de tener unos ciento cincuenta años, así a ojo. Tres veces por semana la visita una sobrina segunda de no sé dónde, supongo que para comprobar que, efectivamente, todavía no se ha muerto.

—¡Cuánto tiempo sin verte, guapa! Y dime, ¿por dónde anda tu Xoán?

Sabe de sobra que ya no es «mi» Xoán. Lo vio durante las obras, pero él nunca llegó a vivir aquí. Lo sabe y, aun así, se hace la tonta. ¡Hay que ver cómo le gusta hurgar en la herida! Sonríe falsamente y pienso en qué narices decirle, pero se me adelantan:

—¿Y a usted qué le importa? —le suelta el niño.

Un espasmo me sube desde la garganta y no puedo evitar que se me escape una carcajada que pretendo disimular con un bufido. No funciona, por supuesto. Me tapo la boca, sin resultado. La vieja me mira mal:

—Pero ¡qué desvergüenza! ¡La juventud de hoy en día no tiene ninguna educación!

Afirma eso, toda ofendida, mientras se aleja a medio metro por minuto, y eso que se ayuda del bastón. Se nota que tiene ganas de salir de allí, pero no avanza a la velocidad adecuada. El niño intenta aguantar la risa también, sin éxito. Cuando la señora por fin sale a la calle, una eternidad después, dejamos de disimular —*tampoco es que hayas disimulado mucho, Aurora*— y rompemos a reír en estruendosas carcajadas. Ya no recuerdo la última vez que me reí tanto. Por lo menos a la luz del día. *Por lo menos estando sobria, querrás decir, Aurora.*

Cuando nos tranquilizamos un poco, nos miramos unos segundos sin pronunciar palabra. ¿De dónde habrá salido este niño? ¿Y qué estará pensando de mí? Que soy de la delegación del Ku Klux Klan en Galicia, como mínimo. ¿Sabrá al menos lo que es el Ku Klux Klan?

—Ya sé que no eres una racista —suelta.

¡Mecagoen...! Pero ¡¿qué...?! Este niño me lee la mente. Sin que yo diga nada, añade:

—Si fueses racista... —parece dudar un instante, pero al final continúa—, si lo fueses, no te habrías follado a un negro como el del sábado pasado.

Abro tanto la boca que se me va a desencajar. ¿Cómo sabe que...? ¿Que yo...? Intento recordar al tipo de la semana pasada. ¿Jason, era? No lo recuerdo bien. Pero ¡¿«follar»?! ¿En serio? Que sí, que técnicamente el término es correcto, pero que un niño como este diga «follar» es mucho peor que cualquier exabrupto mío, que por lo menos levanto metro y medio del suelo. Y luego está lo otro, además: lo de saber lo que hago o dejo de hacer dentro de mi propia casa. Ambas cosas son perturbadoras.

—Pero... pero... —*pareces imbécil, Aurora*—, pero ¿tú cuántos años tienes?

—Diez años y cuatro meses. ¿Por?

Al final me centro en el uso de términos sexuales inadecuados para su edad. Mucho mejor eso que creer que alguien te espía.

—¡¿Y te parece que con diez años y cuatro meses ese vocabulario es adecuado para alguien de tu edad?!

Le estoy gritando de nuevo. Él solamente se encoge de hombros:

—En mi clase lo dicen a todas horas.

Hace mucho que no piso un colegio, así que me resulta del todo imposible comprobar si las nuevas generaciones se están descarriando de esa forma. Va a tener razón la señora Paquita. El niño continúa:

—No es para tanto. Follar folla todo el mundo, que así es como nacemos.

No tengo claro a qué edad enseñan eso en la escuela, pero seguro que no usan la palabra «follar».

—¿Ah, sí?

No tengo ni idea de qué decir. Aprovecho para agacharme y recoger las cartas a toda velocidad. No ha llegado a tocarlas, ¿verdad? No tienen ningún moco, ¡¿VERDAD?! Él vuelve a encogerse de hombros:

—Lo pone en Internet, por si quieres buscarlo.

Puto Google. Meto los sobres dentro de una de las bolsas de la compra y cojo todo. El bolso, que ha estado en su sitio hasta ahora, decide escurrirse por mi hombro. ¡Mierda! No tengo ninguna mano libre para subirlo. El niño me mira fijamente sin pestañear ni una sola vez. Si echo a correr, creo que llego a las escaleras antes que él.

Muslo. Labios. Muslo. Labios. Muslo. Labios. Muslo. Labios. Muslo. Labios. Muslo. Labios.

Compórtate como la adulta que aparentas ser, Aurora. Descarto el plan de escape. Más que nada, porque seguro que corre más que yo.

—Mira, chaval, me alegra saber que no me consideras una racista, pero me tengo que ir —le digo.

Paso lo más lejos de él que puedo y llamo al ascensor. La gente adulta va en ascensor. Chiiin. La gente adulta que no quiere huir de un mocoso de diez años. Rezo para que el bolso aguante sobre la bolsa de judías planas congeladas sin caerse del todo, porque no tengo pensado soltar las putas bolsas. A lo mejor me quiere ayudar a llevarlas o algo.

—¿Sabes? —dice el niño mientras entro en el ascensor—. Me gustas.

La palabra «pederasta» cruza mi cerebro de punta a punta.

—Pero en plan amigos, ¿eh? —añade. Anda que no me han contado a mí esa trola miles de veces—. No te confundas.

—¿Y si yo no quiero ser tu amiga?

La pregunta me sale sola, no puedo evitarlo. Por lo menos no se lo he dicho gritando. Intento llamar al tercero sin soltar las bolsas. Está difícil, los tres litros de leche hacen un contrapeso considerable, pero por fin consigo pulsarlo.

—¿Quieres saber por qué me gustas? —el niño pasa de mí claramente.

NO, NO QUIERO. Parpadeo rápidamente sin saber qué responder, pero es que ni me deja tiempo:

—Primero, porque me tratas como tratarías a un adulto. Por ejemplo, no te importa decir palabrotas delante de mí. Sí, ya sé que mi madre cree que no se pueden decir, pero, entre tú y yo —se acerca y coloca la mano en las puertas del ascensor para que no se cierren. Enderezo la espalda y me pongo a la defensiva sin querer. Es intuitivo, no puedo evitarlo. El niño lleva pintado en la frente un «ALERTA. CONTAGIO» de manual. No parece darse cuenta—, a las madres no hay que hacerles caso siempre.

Por lo menos ahí coincidimos, pero ha dicho «primero», y eso significa que tiene que haber un «segundo». Una segunda causa que no me deja irme a mi casa toda-

vía. Además, esta no me deja quedar muy bien. *Y a ti qué te importa, Aurora*. Le gusto por ser una malhablada. Pienso que es el primer hombre que me dice eso sin estar desnudo. Y encima, fomento la desobediencia maternal. Todo maravilloso.

—Y segundo —continúa, ajeno a mis elucubraciones—, porque eres rara. Y eso significa que eres una persona interesante. Que ya es mucho decir en un edificio como el nuestro, lleno de gente aburrida.

Como para darle la razón, se oye una voz por el hueco de las escaleras que grita: «¡¡¡El ascensoooooor!!!». Enarco las cejas, a ver si lo pillas y me deja en paz. *Le gustas porque eres un misterio, Aurora*. Genial, también. ¿Sabes? Si esto fuese la historia porno que te estás montando, el camino hasta su braguita estaría más que despejado. ¡¿Qué?! Pero ¡si es un niño! No quiero pensar en eso, no quiero, no quiero, no quiero...

—¿Y yo te gusto? —me pregunta, sin soltar el ascensor.

Pero ¡¿qué me estás contando?! No sabrá leerme la mente, ¿no? ¡¿Y si esa pregunta va con segundas?! La respiración sube de nuevo hasta el nivel locomotora de tren y me imagino la chimenea, las ruedas, las vías... Lo que haga falta para dejar de pensar en menores desnud...
¡¡¡NO PIENSES!!! ¡¡¡CLARO QUE NO QUIERO PENSAR, PERO TÚ NO ME DEJAS EN PAZ!!!

—¡Mira, hay un vecino esperando por el ascensor, es mejor que lo sueltes! —digo para que me dejen en paz, el niño y el cerebro.

¿Grito otra vez? Me da igual, estoy a otras cosas más importantes y que ocupan toda mi RAM.

El niño suelta las puertas del ascensor por fin, pero antes de que se cierren del todo, todavía le escucho decir:

—Terminaré por gustarte, ¿cuánto te apuestas?

Cierro la puerta del piso detrás de mí, con rapidez. Por si acaso el niño-espía del vestíbulo me ha seguido por las escaleras. Observo por la mirilla para comprobarlo. Suspiro aliviada. Estoy sola. O eso creo.

Muslo. Labios. Muslo. Labios. Muslo. Labios.

No, nunca estoy sola. Mi mente tiene ya suficientes preocupaciones para que encima me acose un mocoso desconocido con preguntas estúpidas. Cierro por dentro, dos vueltas de llave. Sobre todo si no tengo respuestas. O no quiero tenerlas.

O no puedo.

Muslo. Labios. Muslo. Labios. Muslo. Labios. Muslo. Labios. Muslo. Labios. Muslo. Labios.

Dejo el bolso en el mueble de la entrada y voy directa a la cocina. Meto lo del congelador en el congelador, lo de la nevera en la nevera y el resto lo dejo encima de la mesa. No voy a colocarlo todo ahora, cuando tengo tantos fuegos que apagar en la cabeza. Después me saca los zapatos de camino al baño. Los calcetines también. Son de esos transparentes, bajos, que no se ven y que tampoco transpiran. Cómo lo van a hacer, si esto es como llevar una bolsa de plástico. Están empapados. Normal. Por fortuna, no soy olorosa de pies. De otras cosas sí. Levanto el brazo izquierdo y acerco la cara al sobaco. ¡Uf! Necesito esa ducha urgentemente.

manos, excepto cuando después me meto en la bañera. Una buena ducha lo limpia todo. Es mi botón de reset particular. Levanto y bajo la tapa del cubo sin sentir ningún tipo de contaminación, pues ya me estoy imaginando el agua cayéndome por encima y limpiándome por completo. No tengo nada que añadir a la lista mental. ¡Qué liberación! Me relajo algo, un poquito solo.

Muslo. Labios. Muslo. Labios. Muslo. Labios.

Es imposible olvidarlo. Las zonas arden como si me hubiese ortigado, con un continuo hormigueo. A pesar de todo, la ansiedad baja y los carteles parpadeantes de mi cabeza disminuyen su intensidad. Además, el cerebro permanece —casi— en silencio. Acaricio la salvación con la punta de los dedos. Pero antes tengo pis. Levanto la tapa del váter y me siento, con cuidado de que la posible-probable-fijo-que-sí zona contaminada de baba de bebé con chupachús no toque la porcelana, no me apetece ponerme a desinfectarla ahora. Después de limpiarme —dos veces, por si acaso— voy al lavabo directa. Me echo jabón en las manos y froto con ganas. Me da igual que después vaya a meterme en la ducha: eso sí que no puedo obviarlo. Es obligatorio, ley: después de mear, lavarse las manos. Punto. Aclaro y aprieto el dispensador de jabón de nuevo. Mejor dos veces que una. Más seguridad. Nunca está de más confirmar. Pis cero, Aurora uno.

Me acerco a la bañera y abro el grifo. En el otro cuarto de baño hay plato de ducha, pero nosotros siempre hemos sid... ¡Mierda! YO (¡yo!), yo siempre he sido de darme baños relajantes. En fin, que bidé y bañera

son dos elementos indispensables en la vida de toda ciudadana limpia de verdad. Mientras espero a que el agua caliente haga acto de presencia, mi mente viaja hasta la cerda de mi jefa. La Tere. Creo que nunca la he visto lavarse las manos después de ir al baño. Nunca la he visto lavarse las manos, a secas. Manda narices, Tere, que no cuesta tanto. Luego me mira mal si me contorsiono —disimuladamente, por supuesto— para evitar que me toque cuando hablamos. Puta manía de tocar a la gente cuando le diriges la palabra. Alguien debería hacer un estudio sobre eso. Dictaminar que invadir el espacio ajeno, aire incluido, es de mala educación. Que si esto fuese la Edad Media estaría tododiós muerto, como en la pandemia de la peste. Menos mal que esas cosas ya no pasan, que si no la puta Tere sería una asesina en potencia.

Muslo. Labios. Muslo. Labios. Muslo. Labios.

Me meto en la bañera. Ya debe de estar el agua bien caliente. No he puesto el tapón, así que varios litros se han ido por el desagüe abajo. Solo quería darme una ducha rápida, pero, claro, soy de fácil dispersión. Sobre todo cuando tengo la RAM cerebral al noventa y cinco por ciento. Menos mal que las campañas por el uso responsable de los recursos me la traen al paio. No puedo hacer un uso responsable de algo que es pura supervivencia mental. Cierro la mampara, me siento en la bañera y mi piel se moja. Dejo el grifo abierto mientras me enjabono. Me gusta el vapor del agua caliente. Si me viesen los de Greenpeace, ya estaría denunciada. Froto el muslo con fuerza, donde hay más posibilidades de que el chupachús

me haya rozado. Rasco un poco, por si está bien incrustado. Eso dicen en las pelis y series de polis, que las uñas de las víctimas pueden arrancar trozos de piel. Restos de mierda es lo que no quiero yo que queden en mi pierna, así que, si para esto tengo que sacarme la capa superficial de la epidermis, por mí bien. Después aclaro y repito el proceso. Dos veces, para asegurarme. Tampoco es que me dé tanto trabajo.

Labios. Labios. Labios.

Una cosa menos. Me echo agua por la pierna y cojo jabón de nuevo. Miro la mano llena de gel pH neutro. Ojalá fuese gel con alcohol. ¿Eso existe? Lo pienso durante una milésima de segundo. Luego, aprieto los labios bien fuerte y también me los froto. Izquierda, derecha, izquierda, derecha, izquierda, derecha. Limpia, limpia, limpia. ¡¡¡Puag!!! Enchufo el cabezal de la ducha directamente a la boca e intento deshacerme del sabor horrible que me queda dentro, por mucho que haya apretado los labios. Flor de azahar. Una mierda flor de azahar. Colonia pura. Eso significa que, por lo menos, lleva alcohol, ¿no? Dejo pasar los segundos con el chorro de agua templada dirigida a la lengua. Cuando termine aquí me echaré colutorio. Del antiséptico, nada de chuminadas con flúor. Yo lo que quiero es desinfectar. Dos veces, para asegurarme.

Después de tres cuartos de hora, salgo del baño. Voy desnuda hasta el dormitorio y me echo crema hidratante y anticelulítica —no vaya a ser que por un casual funcione, que no se diga que no lo intento—. ¿Y el móvil? Estaba tan concentrada que ni cuenta me he dado de llevar-

lo al baño para poner música o la radio, algo que suelo hacer a menudo. Cualquiera cosa antes que escucharme a mí misma. Como si algún ser superior pudiese oír mis pensamientos —espero que no se haya tomado en serio lo de cagarme en él y en su santoral—, escucho cómo el aparato suena en la entrada. Avanzo desnuda por el pasillo, a ver si la crema absorbe de una vez. Cojo el teléfono del bolso. Cinco wasaps de «Las 4 Fantásticas». Nunca hemos destacado por nuestra originalidad.

SABELA

Este finde bajo a casa. Hacemos algo?

21:02

MARÍA

Dan bueno para mañana.

Playa? Q sé q la echas de menos.

21:05

Soy la única que no la llama «casa» desde que nos fuimos a estudiar fuera a los dieciocho. Para mí es la casa de mis padres. Mi casa es el lugar donde puedo lavar las manos siete veces seguidas y ducharme tres veces al día sin que nadie me juzgue. Supongo que por eso Xoán y yo... No, no quiero ir por ahí. Regreso a mi habitación y me tumbo en la cama mientras sigo leyendo.

SABELA

Cómo me conoces.



21:05

AZUCENA

Lo q queráis, a mí me da igual.

21:06

MARÍA

Podemos hacer un churrasco para inaugurar el verano.

21:07

María y sus churrascos. Igual de ilusionada que cuando teníamos quince o dieciséis. No puedo evitar sonreír. Intento recordar la última vez que fui por allí. Creo que hace unos meses, antes de la mudanza. La mudanza: una excusa buenísima para no hacer las dos horas de viaje que me separan de mis amigas de la infancia, tan felices ellas, tan normales. Y también para no ver a mamá, a papá, a Roberto. Las reuniones familiares nunca han sido lo mío, menos ahora. Sería imposible evitar las preguntas sobre qué tal Xoán, por qué no viene Xoán, cómo le va el doctorado a Xoán. Paso. No me apetece dar explicaciones.

SABELA

Mi verano van a ser estos 2 días solo, ya sabéis cómo van los turnos en el hospital en vacaciones.

21:08

MARÍA

Es una vergüenza. Cuántos contratos llevas este año ya?

21:08

AZUCENA

Lo q teníais q hacer era organizaros todas y denunciar.

21:09

Ya está Azucena. ¿Cómo va a saber lo que le conviene a Sabe mejor que ella misma? Lee dos o tres noticias sobre enfermeras eventuales y ya se cree en posesión de la verdad absoluta, con derecho a opinar de todo. A veces es insufrible. La conozco desde hace casi veinte años y sigue igual.

MARÍA

Ya sabrán ellas lo q tienen q hacer, no, Azu?

21:10

Sonrío. Menos mal que está María. Su voz suave aparece en mi mente. Creo que nunca la he visto enfadada, pero es la única que sabe manejar a Azucena. Con cariño, con diplomacia, con tacto, con educación, sí, pero que no. Que no está de acuerdo. Y además Azu solo admite algún fallo cuando ella se lo hace ver, así que entre ellas deben de entenderse bien. Siempre hemos sido un cuarteto de binomios, María-Azucena y Sabe-Aurora. Por lo menos hasta que me marché a estudiar a una ciudad diferente de la de María y Sabe, que terminaron compartiendo piso. Y ahora María ha vuelto al pueblo y es profé en la escuela de nuestra infancia y vive con Azucena, que hizo una FP y nunca se fue de allí; y Sabe regresa a casa, como ella la llama, siempre que su trabajo de enfermera se lo permite. Y yo..., ¿qué pinto yo?

Lo siento chicas pero este finde
me resulta imposible ir. Pasadlo bien!

21:11

Dudo un momento antes de darle a enviar, pero sé que no hay más opciones. Es por Xoán: no me apetece que pregunten, no me apetece contarle todavía, me digo. Pero pienso que hace ya mucho tiempo que no me apetece ir. Quizás años. ¿Cómo se vuelve a un lugar en el que todo sigue igual, todas siguen igual, excepto yo? Puedo intentar mentirme, decir que esto es madurar. Pero no. *Sabes que no, Aurora*. Ya no soy la que ellas recuerdan, la primera que decía que sí a los churrascos de María, la que escuchaba los problemas de Sabe con los chicos, la que se exasperaba con los comentarios estúpidos de Azu. Vale, quizás eso sí, pero ni eso, que sigue igual, es igual ya. Ellas siguen siendo las chicas que sonríen a la cámara, contentas de estar juntas, y yo soy la que sale borrosa, la que se mueve porque tiene miedo de que sus carcajadas me salpiquen de saliva.

No sé cómo se hace para volver a un lugar en el que, hace un tiempo, hubo una Aurora que ya no existe. Tengo miedo de que descubran que soy una farsante. O tal vez la farsante siempre ha sido la otra.

Espero unos minutos más mirando la pantalla, pero nadie responde a mi mensaje. Están acostumbradas, supongo, a mis excusas. Se ponen a hablar de comprar la carne, el carbón, de la hora a la que deberían quedar para tener el fuego listo. No sé si prefiero esto a que me hagan preguntas para las que no tengo respuesta. ¿Qué pinto yo? Tengo que cenar, pero permanezco tumbada un poco más, encima de la colcha. Estoy agotada y hace calor, demasiado. Me quedo dormida casi al momento. El último pensamiento que cruza por mi cabeza nada tiene

que ver con Xoán, Azucena, María, Sabe o el estúpido niño que me acosó en el portal. Lo último que aparece en mi mente es que menos mal que no tengo la regla. *Esos cuarenta y cinco minutos en el baño no te habrían llegado a nada, Aurora.*